

Evelyn Waugh

Edmund Campion: Jesuita y Mártir

didaskalosliteratura

13



EVELYN WAUGH

EDMUND
CAMPION:
JESUITA Y
MÁRTIR



Imagen de cubierta: Londres, Inglaterra, Reino Unido. Iglesia Católica Romana de los
Mártires ingleses, Tower Hill. Vidriera: St Edmund Campion.

Primera edición: enero 2024

Título de la edición original: Edmund Campion. A life. (London, 1935)

© Autor: © 1935, 1947, Evelyn Waugh
All rights reserved

Traductora: Mercedes Lora-Tamayo D'Ocón

Impreso en España. Printed in Spain
Depósito legal: M-1114-2024
ISBN: 978-84-19431-34-9

Maquetación: Juan Carlos Adame

Impresión y encuadernación:
Editorial Didaskalos
Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN	7
PREFACIO	9
1. EL <i>SCHOLAR</i>	11
2. EL SACERDOTE.....	55
3. EL HÉROE.....	99
4. EL MÁRTIR	157
APÉNDICE 1. EL ALARDE DE CAMPION.....	205
[A LOS MUY HONORABLES LORES DEL CONSEJO PRIVADO DE SU MAJESTAD]	
APÉNDICE 2. OBRAS CONSULTADAS	211

Introducción

“Volver a los santos”. Este es el deseo por el que editamos esta obra maestra del escritor inglés, Evelyn Waugh, en la editorial Didaskalos. Volver a los santos se muestra una misión urgente en tiempos donde la comodidad puede amenazar la santidad de los cristianos. Y para volver a ellos hay que conocerlos a través de estas magníficas biografías que nos los hacen amigos nuestros.

Hoy más que nunca necesitamos acercar a los santos a nuestras vidas. Gaudí, el arquitecto de la basílica de la Sagrada Familia, tuvo la genialidad de poner las figuras de los santos por fuera en vez de por dentro de la basílica. La razón era que la gente iba a dejar de entrar, y hacía falta, entonces, que los santos saliesen y se mostrasen a la gente que paseaba por las calles. Es verdad. Necesitamos que nos muestren a los santos, a los que vivieron cerca de Cristo e hicieron de la gracia de Dios su motor de vida.

Cuando algunas voces, incluso dentro de la Iglesia, nos dicen que el evangelio es solo un ideal inalcanzable, los santos nos recuerdan que no es así, que estos hombres como nosotros han sido fieles a la llamada que Dios tenía guardada para ellos y han vivido en amistad continúa con Cristo.

Mostrar a San Edmund Campion, que murió mártir por defender la verdad católica y proteger a los católicos que todavía vivían en Inglaterra en los espantosos tiempos de persecución de Isabel I, es una llamada a no abandonar el martirio propio de cada día, pues, como nos decía San Juan Pablo II, incluso en las circunstancias más ordinarias se nos puede exigir la fidelidad a veces heroica.

Agradecemos a Mercedes, la traductora, su continuo trabajo de hormiguita, que página a página diaria ha conseguido acercarnos la vida de este mártir. Además, siendo su última traducción, aparece este libro como una palabra suya que nos espolea a la santidad, incluso la del martirio. Gracias.

Felipe Carmena Martínez.
Director de la colección Didaskalos Literatura.

Prefacio

En 1934, cuando se estaba reconstruyendo Champion Hall, Oxford, en un lugar y de un modo más distinguido que su viejo hogar en St. Giles, quise hacer algo para mostrar mi alegría por el acontecimiento y mi gratitud hacia el entonces Master, a quien, ante Dios, debo mi fe. Una vida del bendito Edmund Campion parecía el homenaje más apropiado. Las alternativas eran una drástica revisión de la excelente obra de Richard Simpson, que llevaba tiempo agotada y había sido corregida en muchos detalles por investigaciones posteriores, o intentar un libro completamente nuevo. Elegí esto último, pero los sólidos fundamentos de Simpson sustentan mi estructura y es con él con quien tengo la mayor deuda. Recibí inestimable ayuda del Padre Basset y del Padre Booth, del difunto Padre Hicks de Farm Street y de Mr. Douglas Woodruff. Tuve el privilegio de usar la abundante colección de notas y documentos recopilados por uno de los Padres en Farm Street, para lo que hubiera sido, si hubiera vivido, la biografía definitiva.

Es muy necesaria una obra académica completa sobre el tema. Esta no lo es. Todo lo que he hecho es seleccionar los episodios que le parecen importantes a un novelista y contarlos en una sola narración.

Deberá leerse como una sencilla historia de heroísmo y santidad totalmente verdadera.

Nos hemos acercado mucho más a Campion desde los tiempos de Simpson. Él escribió en la pleamar de la tolerancia, cuando la persecución de Isabel parecía tan lejana como la de Diocleciano. Ahora sabemos que su etapa fue una breve tregua en una guerra interminable. El martirio del Padre Pro en Méjico recreaba el de Campion con fiel detalle. Estamos más cerca de Campion que cuando escribí sobre él. Hemos visto a la Iglesia pasar a la clandestinidad en muchos países. En fragmentos y susurros nos llegan noticias de otros santos en campos de prisioneros de la Europa del este y sureste, de una crueldad y degradación más despiadada que en la Inglaterra Tudor, de la misma luz pura brillando en la oscuridad, incomprendida. El sacerdote perseguido, atrapado y asesinado es contemporáneo nuestro y la voz de Campion resuena a través de los siglos como si caminara a nuestro lado.

EVELYN WAUGH

El Scholar

A mediados de marzo de 1603 todo el mundo tenía claro que la Reina Isabel se estaba muriendo. Sus doctores eran incapaces de diagnosticar la enfermedad; tenía poca fiebre, pero estaba constantemente sedienta, inquieta y taciturna; rechazaba las medicinas, se negaba a comer y a acostarse. Se sentaba en el suelo, recostada en almohadones, insomne y en silencio, los ojos constantemente abiertos, fijos en el suelo, ajena a las idas y venidas de sus consejeros y asistentes. No había hecho nada para reconocer a su sucesor; ninguna previsión para la disposición de su propiedad personal, de la enorme y heterogénea acumulación de una vida, en la que le habían llegado diariamente regalos de todas partes del mundo; armarios y armarios llenos hasta arriba de joyas, monedas y baratijas; el ropero de doscientos vestidos pasados de moda. Siempre había compañía en el pequeño salón esperando a que hablara, pero ella suspiraba, bebía a sorbos y

mantenía su silencio. Alrededor del cuello llevaba una pieza de oro del tamaño de un ángel, grabado con caracteres que le había dejado recientemente una sabia mujer que había fallecido en Gales a los ciento veinte años. Sir John Stanhope le había asegurado que mientras llevara ese talismán no podía morir. Todavía no había ninguna necesidad de doctores, abogados, hombres de estado o clero.

El Almirante Lord Howard era uno de sus visitantes. Se arrodilló a su lado y, con lágrimas, le suplicó que tomara un poco más de alimento. Trajeron un tazón de caldo y el Almirante la convenció para que tomara una o dos cucharadas de sus propias manos. Pero cuando la instó a acostarse se negó furiosamente rompiendo en un confuso y violento relato de sus pesadillas.

“Si acostumbrara a ver en su cama las cosas que yo veo en la mía”, dijo, “no me persuadiría para que me acostara”.

Pero no tenía fuerzas para mantener su furia y, cuando Cecil y los abogados se marcharon, sacudió la cabeza lastimeramente, diciendo, “Milord, estoy atada con una cadena de hierro en mi cuello”.

El Almirante le recordó su acostumbrado valor, pero ella respondió, abatida, “Estoy atada, estoy atada; el caso ha cambiado conmigo”.

El Consejo le envió al arzobispo de Canterbury con varios otros teólogos, hombres elocuentes y circunspectos que habían hecho una gran carrera en su Iglesia, para ofrecerle los consuelos de la religión, pero su aparición la enfureció. Los reprendió violentamente y los despidió sin contemplaciones, gritando que no era ninguna atea y sabía muy bien que no eran más que clérigos iletrados.

Las mujeres en torno a ella trataban de atribuir causas a su melancolía; se debía a la ejecución de Essex, a la ejecución de María de Escocia, el perdón de Tyrone. Ella misma confió a Lady Scrope que, antes de que la Corte se marchara de Whitehall, había tenido una horrible visión de “su propio cuerpo excesivamente delgado y temeroso en una luz de fuego”. Había pedido también un “espejo de verdad”, que no veía desde hacía veinte años, y cuando se lo trajeron cayó al suelo manifestando su indignación ante todos los aduladores que tanto la habían elogiado.

Había estado rodeada por conspiraciones toda su vida; conspiraciones para implicarla en la rebelión de Wyatt, conspiraciones contra su vida, para asesinarla con bolas de fuego, para envenenar la empuñadura de su montura; muchos de ellos suficientemente reales, algunos fomentados por *agents provocateurs*, otros inventados por falsificadores e informadores, conspiraciones que no existían más que en las mentes de Walshingam y los Cecil. Ahora en su última enfermedad tomaban forma de nuevo, y los asesinos la acechaban en la oscuridad y detrás de las cortinas.

De esta manera permaneció tumbada durante casi dos semanas, hasta que, cayendo en un sopor, fue llevada a la cama, donde murió sin hablar. El Arzobispo se presentó de nuevo al final y un movimiento de la mano fue interpretado por sus damas de honor como su consentimiento a su presencia.

En estas circunstancias llegó a su fin la dinastía Tudor, la cual en tres generaciones había cambiado el aspecto y el carácter de Inglaterra. Dejaron una nueva aristocracia, una nueva religión, un nuevo sistema de gobierno; la generación que iba a en-

viar al Rey Carlos al cadalso estaba ya en su infancia; las nuevas familias ricas que iban a introducir la Casa de Hanover estaban ya en la segunda etapa de su metamorfosis de los filibusteros del reinado de Eduardo VI a los conspiradores de 1688 y los oligarcas escépticos y cultos del siglo dieciocho. Se había canalizado el enorme entusiasmo del Renacimiento. Inglaterra estaba segura, era independiente e insular; el curso de su historia quedaba por delante; nacionalismo competitivo, industrialismo competitivo; imperialismo competitivo, telares y minas de carbón y las contadurías, las sociedades por acciones y los acantonamientos; el poder y la debilidad de las grandes posesiones.

¿Qué había en la mente de Isabel mientras yacía allí en las horas silenciosas, cuerda y desesperada? ¿La idea de otra Inglaterra que había estado en sus manos crear? ¿O comparaba su estado actual, una anciana mujer perjura, muriendo sin consuelo, con todos aquellos primeros años cuando el futuro había estado lleno de esperanza y aventura? ¿Veía la luz en el río y oía de nuevo el chapoteo de los remos cuando la barcaza de Leicester se deslizaba entre verdes riberas y sauces podados, y el floreado damasco iba rezagado en el agua tras ellas; la luz de las antorchas en Kenilworth y Rycote, los extravagantes e irresponsables bailes ante los pretendientes reales, las hogueras encendiéndose de cima en cima mientras viajaban por el país las noticias del fracaso de la Armada? ... Había sido una vida de tumultuoso dramatismo y estaba terminando, ahora, en silencio; entre todos sus incidentes ¿recordaba la tarde de pleno verano cuando se había trasladado con un gran séquito desde Woodstock a Oxford y, por primera vez, mantuvo su Corte entre los *scholars* de Oxford?

La visita había sido aplazada dos veces. Dos años antes —en 1564— había estado en Cambridge, donde toda la universidad se había esforzado para entretenerla, algunos de los miembros más entusiastas incluso la siguieron en la primera etapa del viaje de regreso y trataron de ser complacientes —sin éxito, según resultaron las cosas— representando una obra burlesca de la misa, en la que uno de ellos, vestido como un perro, daba saltos por el escenario con una Hostia en la boca. Había tenido la intención de continuar a Oxford en ese momento, pero la peste, traída por la derrotada guarnición de Dieppe, rondaba todavía la ciudad y no fue hasta el verano de 1566 cuando se consideró seguro que tuviera lugar la visita esperada con ansiedad.

Aunque era época de vacaciones, prácticamente toda la universidad permaneció en la residencia para su llegada. La Corte estaba en el palacio de Woodstock, a corta distancia, y a finales de agosto, en una tarde de fuerte lluvia, Leicester, que ahora era canciller de la Universidad, Sir William Cecil y algunos compañeros llegaron allí para hacer los preparativos finales. Dos días más tarde —el sábado 31— les siguió la Reina, acompañada por la mayor parte de la Corte y el embajador español. Leicester salió a recibirla a Wolvercote, el límite de las libertades de la Universidad; con él estaba el vicescanciller y los directores de las casas con sus togas académicas.

Fue una tarde extraordinaria. Desde el momento que la alegre y charlatana procesión entró en terreno universitario, se puso de manifiesto el carácter de la recepción. De cualquier forma, ese día no iba a haber ligereza; tampoco había ninguna prisa. La cabalgata se detuvo mientras el Rector de Oriel pronunciaba un discurso de bienvenida en un latín laboriosamente

pulido que pudo haber sido inteligible para muy pocas de las damas de compañía y caballeros del séquito —el Earl de Warwick, hermano de Leicester, un fuerte soldado de mediana edad; Edward Vere, Earl de Oxford, de 16 años, yerno de Cecil, un joven de la vieja nobleza, quien se metería pronto en problemas por asesinar a un criado; el joven Edward Manners, Duque de Rutland—, quienes estaban todos sentados pacientemente en sus caballos mientras las frases del discurso subían y bajaban en el mejor estilo ciceroniano. Finalmente terminó, se intercambiaron cumplidos y la procesión se puso en marcha. Algunas millas más adelante, estaba reunido otro pequeño grupo de personajes el alcalde de la ciudad y los dignatarios civiles. Los discursos aquí fueron en inglés, pero en la Puerta Norte les estaba esperando otro profesor, Mr. Deal de New College, con un discurso en latín. El camino desde la puerta hasta Carfax estaba flanqueado por estudiantes que se arrodillaban y aplaudían; esta era la clase de cosas a las que estaba acostumbrada la Corte, pero en Carfax hubo otra parada, Lawrence, el profesor regio, con una composición en griego. Era el mejor discurso que había oído nunca en griego, dijo la Reina; estaba preparada para un intercambio de cumplidos en el mismo idioma, pero compadecida por el evidente agotamiento de sus acompañantes, accedió a aplazarlo hasta que llegaran a sus alojamientos. La comitiva se puso en marcha de nuevo, litera y caballo, pero los discursos no habían terminado todavía. A las puertas de Christ Church, Mr. Kpingsmill, el orador de la universidad, estaba preparado para darles la bienvenida. La Reina le escuchó hasta el final, pero, ligeramente irritada para entonces, simplemente comentó en reconocimiento, “Lo habría hecho bien si hubiera tenido un buen tema”.

La Corte cruzó el umbral de la casa; estaban ahora entre los mismos edificios donde se iban a alojar la mayoría de ellos, pero sus anfitriones no habían terminado con ellos. Se vio a cuatro doctores con togas escarlata avanzar hacia el grupo real a través del patio interior, llevando un palio; bajo este Isabel fue conducida a la iglesia donde, en un sonoro inglés, se ofrecieron oraciones de acción de gracias por su llegada a salvo; se cantó un himno con música de cornetas; y tras el himno hubo más oraciones. Por fin, a última hora de la tarde, se permitió a los cansados cortesanos dispersarse para ocuparse de sus equipajes y sus camas, lavarse y refrescarse, mientras la joven Reina se escabullía a sus aposentos a través de las crecientes sombras del jardín del Dr. Westphaling.

La visita duró seis días. Hubo algunos momentos más ligeros: una obra de teatro en latín llamada *Marcus Geminus* en Christ Church Hall, a la que no asistió la Reina (el Embajador español habló tan bien de ella que decidió no perderse ninguna diversión a partir de entonces); una obra en inglés en dos partes llamada *Palamon y Arcite*, en cuya representación en la noche el escenario se derrumbó, matando a tres personas e hiriendo a cinco más; la segunda noche trajeron una jauría al patio, lo que movió a los jóvenes estudiantes, confinados en las plantas superiores, a tal excitación que la Reina expresó su temor a que cayeran por las ventanas; hubo varias cenas muy elaboradas; pero en su mayor parte el entretenimiento fue estrictamente académico: discursos, sermones, debates, la presentación de versos latinos traducidos de hebreo y la concesión de títulos honorarios.

No fue hasta el tercer día, el martes 3 de septiembre, cuando los miembros mayores habían desempeñado sus papeles, el

momento en que Edmund Campion hizo su aparición. Tenía entonces veintiséis años, siete años menos que la Reina, pero era ya una persona de destacada importancia en la Universidad. Había llegado a ser becario de St. John a los diecisiete años, y casi inmediatamente atrajo a su alrededor un grupo de alumnos sobre los que ejercía una influencia completa y natural: abarrotaban sus clases, imitaban su forma de hablar, sus gestos y su ropa, y estaban orgullosos de hacerse llamar “campionistas”. Había habido ciertas dificultades para elegir temas apropiados para debatir, porque el tema en la mente y en la boca de todo el mundo en Oxford era el cambio de religión de la Reina; Cecil había corregido la lista de propuestas, eliminando el intento de Jewel de llegar al fondo de la cuestión. Era bien conocido que las simpatías de Oxford, y particularmente de St John, eran predominantemente católicas; lo último que quería era poner en un aprieto la ocasión levantando las pasiones teológicas que habían encendido el desorden cuando Peter Martyr había sido profesor de Teología. La discusión quedó limitada a temas estrictamente seculares y en Campion recayó la tarea de presentar “que las mareas están causadas por los movimientos de la luna” y “que los cuerpos inferiores del universo están regulados por los superiores”.

A lo largo de su carrera Campion conservó un ingenuo interés por las ciencias naturales y, más tarde, en las horas oscuras cuando luchaba por su reputación en Hopton Hall, estuvo dispuesto a probar a sus jueces que los cielos eran tan duros como el cristal. Ahora parece haber tratado el asunto como un tema subordinado; toda su elocuencia, el delicado acento, las breves y elegantes antítesis, la fuerte y exacta dicción, que hacían de él

el modelo de los colegios, estuvieron dedicados a la alabanza de la Reina y del Vicecanciller. Hablando en latín, comenzó: “Solo una cosa me reconcilia en esta desigual contienda, que debo mantener sin ayuda de nadie contra cuatro belicosos jóvenes; que hablo en nombre de la Filosofía, la princesa de las letras, ante Isabel, la princesa letrada”.

Alabó el saber de sus antepasados y su condescendencia al visitar a sus pobres estudiantes; después se volvió hacia el Earl de Leicester, que se sentaba a su lado, y le recordó que la universidad se había librado de su letargo y avanzaba de nuevo con esperanza debido a sus piadosos e imperecederos favores.

“Que Dios nos conserve estos beneficios;” inclinándose a izquierda y derecha, “que proteja a su Majestad, su Señoría; nuestra madre, nuestra protectora —*te quae hace facis, te qui hace mones*”, a lo que la Reina volviéndose hacia el Earl sonriendo dijo: “Usted, mi lord, debe ser todavía uno”.

Los cumplidos equilibrados se sucedieron hasta que, comentando que los pobres estudiantes no tenían ningún obsequio apropiado que ofrecer a sus visitantes, excepto lo que tenían dentro, algo de “las venas y entrañas de la filosofía”, Campion continuó con su tema y expuso brevemente la teoría de que el mar estaba constantemente arrojando vapores, como el agua que hierve en una olla.

El discurso fue el éxito de la tarde. La Reina aplaudió calurosamente y encomendó a Campion a Leicester. Más tarde, cuando el Embajador español observó que, aunque loables, los discursos estaban, después de todo, bien preparados de antemano, la Reina reunió a los oradores más notables para un debate improvisado. Campion estaba entre ellos y habló sobre el tema

del “Fuego” de una manera que confirmó su elevada opinión sobre él. Antes de abandonar Oxford, tanto Cecil como Leicester vieron a Campion en privado y le prometieron su patrocinio.

No podían haberle ofrecido dos patrocinadores más diferentes —el secretario, resuelto, prudente, sereno, infatigable, de clase media, el hombre del escritorio y la mesa del Consejo; y el extravagante cortesano, de tez morena y jactancioso, magnífico, impulsivo, un jinete espectacular, un soldado; descendiente por una parte de las grandes familias de la historia inglesa, Talbot y Beauchamp, por la otra de la casa de Dudley, imprudente y manchada de sangre; tres generaciones de Dudleys, su abuelo, su padre y su hermano habían muerto en el cadalso; quizás nadie en Oxford dudaba de que Amy Robsart, cuyas exequias habían celebrado piadosamente cuatro años antes había sido asesinada a sus órdenes. En cualquier momento podía convertirse en marido de la Reina. Suyo era todo el glamur del gran mundo que se extendía más allá de las Libertades de la Universidad, el esplendor y la alta política del nuevo reinado. A él fue a quien se unió Campion.

Y Leicester no descuidó a su acólito. En Woodstock y Ryecote, cuando la Corte necesitaba una seria pausa, se llamaba a Campion para atenderlos. Porque, aunque para el deslumbrado joven estudiante su mundo podía parecer algo intangiblemente remoto, los que estaban en el poder sabían muy bien que necesitaban hombres como Campion. Había habido un serio objetivo tras la visita a Oxford.

Durante los últimos veinticinco años, la educación en Inglaterra había padecido un estado de desorden que amenazaba con convertirse en caos en cualquier momento. A principios del siglo, Erasmo había situado la escolaridad inglesa por encima de



la francesa o la alemana, solo detrás de la italiana en su amplitud cultural. Fue a Inglaterra a donde se dirigió la Universidad de Leipzig a por su profesor de griego; Colet, Grocyn, Linacre y More podían conversar en términos de igualdad con los hombres destacados de Padua y, bajo su moderada y profunda influencia, Oxford emergía gradual e ininterrumpidamente por un proceso de crecimiento orgánico, desde la enclaustrada formalidad de la Edad Media hacia el mundo espacioso y luminoso del humanismo católico. Con el estímulo del Papa, Wolsey se había hecho cargo de los ingresos monásticos para la dotación de Christ Church; Fox, obispo de Winchester, instituyó el primer lectorado griego en la fundación de Corpus; la facción de “Troyanos” que se oponían a los nuevos conocimientos estaban siendo presionados gradualmente a la aquiescencia por el Rey y los Obispos. Se mantenía una estrecha correspondencia con los grandes profesores de Italia y se pusieron los cimientos de un Renacimiento que, iluminado por el genio poético innato del país, podría haber sido una de las glorias de Europa en una generación.

Todo esto terminó abrupta y violentamente con la ruptura de Enrique con el Papa. Cuando la Iglesia era una autoridad indiscutible podía permitirse parpadear un poco por las fantasías especulativas de sus filósofos o por una exuberancia pagana de gusto en sus artistas; ahora, cuando fue empujada a defender la base y la estructura esencial de su fe, no había lugar para la indulgencia; la controversia ocupó el primer lugar entre las Artes y los estudiantes se hicieron famosos por sus opiniones sobre la misa más que por su aprecio a la poesía clásica.

Además de esto, los confiscadores de la propiedad eclesiástica hicieron estragos en las finanzas de la universidad. En

San Edmund Campion (1540-1581) fue uno de los miembros más importantes de la misión de los jesuitas en Inglaterra durante los tiempos más duros de la persecución de Isabel. Fue arrestado y torturado en la Torre de Londres y murió mártir en Tyburn. Es uno de los testigos más notables de esa secuela de mártires que bañaron la tierra de Inglaterra en la gran persecución organizada por la reina Isabel I.

En esta novela, el gran literato Evelyn Waugh ha seleccionado los episodios más notables de la vida de Edmund Campion para ofrecernos una semblanza cabal y honda del santo mártir. “Todo lo que he hecho –dice Waugh– es seleccionar los episodios que le parecen importantes a un novelista y contarlos en una sola narración”. Como en todas las obras de este egregio novelista, lo que está en juego es la acción de la gracia en su misteriosa relación con la libertad humana. Esto hace que la narración, cargada de humor y de buen gusto, cobre una dimensión trascendente que eleva al lector y le permite comprender en toda su profundidad la figura de san Edmund Campion.